

SEGUNDO DOMINGO DE CUARESMA.

Habiéndonos la Iglesia propuesto en el domingo pasado el evangelio que explica la penitencia de Jesucristo en el desierto, pasa hoy á proponernos el que habla de su gloriosa transfiguración en el monte Tabor. ¿Qué relación hay entre estos dos evangelios, se nos dirá, para proponerlos en dos domingos inmediatos? Si solo se atiende al orden cronológico, ninguna; pero si se considera el objeto que se propone la Iglesia, mucha y muy admirable. El objeto preferente de la Iglesia en la elección de los evangelios cuaresmales es señalar á los pecadores los trámites que han de seguir para llegar á una sólida y verdadera conversión; y no cabe duda que este objeto se consigue admirablemente con el enlace de los dos evangelios arriba indicados. El primer paso que ha de dar un pecador para convertirse á Dios es, convencerse de la necesidad de una pronta conversión; y este paso se lo señala la Iglesia proponiéndole la penitencia de Jesucristo: el segundo es convencerse de que su conversión no ofrece tantas dificultades como le sugiere el demonio, ó le pinta el amor propio; y este paso se lo indica la Iglesia proponiéndole la transfiguración del Salvador. Porque ¿qué se le dice al pecador en el misterio de la transfiguración? Que en tratando de convertirse á Dios, no escuche lo que le dirá el demonio para inspirarle miedo y desconfianza; sino que oiga únicamente á Jesucristo, quien le asegura que en convertirse no hallará tantos obstáculos y dificultades como á él le parece: *Ipsium audite. Para que se vea la naturalidad con que esta verdad se de-*

duce del texto que acabamos de indicar, vamos á mostrarlo prácticamente.

Facilidad de la conversión.

Hic est Filius meus dilectus, in quo mihi benè complacui: ipsum audite. (*Matth. xvii, 5*).

Sabiendo, como lo saben, los pecadores que Dios no perdona sino un cierto número de pecados, que no dispensa sino un número determinado de auxilios, que no espera á la conversión sino por un tiempo limitado, conforme se lo manifestó en el pasado domingo, ¿cuál puede ser la causa de que, no obstante todo esto, muchos, en vez de convertirse pronto á Dios, lo van difiriendo de día en día? Este es un problema que me ha ocupado por mucho tiempo, y cuya solución no sabia encontrar; pero al fin creo haber descubierto el misterio, y dado en el nudo de la dificultad. La causa de que muchos pecadores viven años y años en la culpa, sin hallar jamás una hora cómoda para convertirse á Dios, es porque la conversión se les representa tan erizada de dificultades, obstáculos é inconvenientes, que les parece poco menos que imposible.

Sucede á los infelices lo que aconteció á los hijos de Israel cuando quisieron emprender la conquista de la tierra de promisión. Antes de entrar en ella, enviaron adelante algunos espías que, examinando bien el país, les informasen de si la conquista ofrecía ó no gran dificultad. ¿Y qué les dijeron aquellos enviados al volver de su expedición? Los unos aseguraron que la tierra que venían de reconocer, era una tierra que se tragaba á sus moradores, que estaba toda poblada de monstruos y gigantes, y que los hombres que la habitaban eran de

una estatura tan descomunal, que ellos en su comparacion no parecian sino pequeñas langostas : *Terra quam vidimus, devorat habitatores suos : populus quem aspeximus, procera staturæ est. Ibi vidimus monstra quædam de genere giganteo ; quibus comparati, quasi locustæ videbamur*¹. Los otros por el contrario, declararon que la tierra que habian recorrido, ni abrigaba mónstruos, ni producía gigantes, ni se comía á sus moradores ; antes era una tierra feliz, deliciosa, que manaba por todas partes leche y miel : *Venimus in terram, ad quam misisti nos ; quæ revera fluit lacte et melle*².

Tan discordantes como estas son las pinturas que Jesucristo y el demonio hacen á los pecadores de la conversion. El demonio se la pinta tan ardua y difícil, que raya en lo imposible : al contrario, Jesucristo se la representa tan llana y fácil, que para conseguirla basta una sincera voluntad. ¿A cuál de los dos se ha de dar crédito ? ¿Se ha de creer al demonio, que es padre de la mentira, ó á Jesucristo que, siendo verdadero Hijo de Dios, nos manda el divino Padre que le prestemos oído ? *Ipsium audite*. ¡ Ah ! pecadores : no creais al demonio que, para conservaros en su poder, os pondera las dificultades de la conversion ; sino creed á Jesucristo que os asegura que la conversion no ofrece tantas dificultades como parece á primera vista. Si alguna gran dificultad hubiese en convertirnos, esta dificultad deberia proceder, ó de parte de Dios que os ha de perdonar, ó de parte de vosotros mismos que os habeis de corregir, ó de parte de los medios que para el caso seria menester emplear. Pues bien, gran dificultad por parte de Dios no la hay, pues él nada desea tanto como perdonaros : de parte de vosotros tampoco la hay, pues una sincera voluntad bastará para corregiros : de parte de los medios no

¹ Num. XIII, 33, 34. — Ibid. 28.

la hay tampoco, pues son sumamente fáciles y practicables. Entremos en el asunto, y lo veréis claro.

Este es el ardid de que usa el demonio para perder las almas : primero procura inducirlas á la culpa, inspirándoles una loca confianza ; y despues las mantiene enredadas en ella, sugiriéndoles una culpable desesperacion. ¿ Por qué, dice al alma cuando la tienta, por qué no has de satisfacer esa passion ? Tú sabes que Dios es infinito en misericordia, y que para obtener el perdon de cualquier culpa, basta que la confieses y la llores. — Así habla el impostor, y el alma imprudente, cual otra Eva incauta, le presta oído, le cree, y sobre su palabra se aventura á cometer el primer pecado, de uno pasa á cometer otro, y así progresivamente va aumentando el número de sus iniquidades. Llega despues un dia en que, acosada de los remordimientos, resuelve convertirse á Dios. ¡ Inútil resolution, le dice entonces el demonio, vana intentona ! ¿ Con qué cara te atreverás ahora á presentarte á tu Dios ? Quien, como tú, ha abusado tanto de su misericordia, ¿ puede esperar otra cosa que los rigores de su justicia ?

Pecadores míos, ¿ consentiréis que el demonio os coja en este segundo lazo, así como os cogió en el primero ? ¡ Oh ! no digais, como el desesperado Cain, que vuestras iniquidades son demasiado grandes para que podais esperar el perdon : *Major est iniquitas mea, quàm ut veniam merear*¹. Los que así hablan dan á conocer que no tienen idea alguna de la bondad del Señor á quien servimos. ¿ Qué dice al pecador este Dios infinitamente misericordioso ? Tú me has abandonado, le dice por Jeremías, tú me has ofendido, prefiriendo servir al mundo y

¹ Gen. IV, 13.

al demonio, antes que cumplir los preceptos suaves de mi ley; pero no importa, quiero olvidarme de que me ofendiste, y solo considero que te soy Padre. Vuelve, hijo, que tu Padre te espera: dame tu corazón, aunque gastado por los vicios: si el mundo se llevó tus primeros amores, no me niegues los últimos, que con ellos me quedaré contento: vuelve, hijo, vuelve, que yo suspiro por el momento de recibirte y estrecharte entre mis brazos: *Tamen revertere ad me, dicit Dominus, et ego suscipiam te* ¹.

Después de una invitación tan paternal, ¿quedaréis todavía dudando si el Señor querrá ó no querrá perdonaros? ¡Ah! si este oráculo divino no ha sido suficiente para alentarnos, poned, os suplico, la vista en la adorable persona de Nuestro Señor Jesucristo, y decidme luego: ¿por qué este amabilísimo Salvador bajó del cielo, y apareció sobre la tierra? Si yo os lo dijese, tal vez tendríais dificultad en creerme: oídlo pues de sus mismos labios. No vine, os dice, á buscar á los justos, sino á los pecadores: *Non veni vocare justos, sed peccatores* ². Seguidle atentamente desde el pesebre hasta la cruz, y veréis que todas sus obras confirman esta verdad de tanto consuelo. ¿Qué indica aquella sangre que, siendo todavía niño, derramó con el cuchillo de la circuncisión, aquel adorable nombre *Jesús* que le impuso un Ángel, y aquel éxtasis profético de Simeon en el que le llamó Salvador del mundo? Indica que no vino á buscar á los justos, sino á los pecadores. ¿Qué significan tantas amorosas parábolas como nos propone en el Evangelio: la del buen pastor que, habiendo perdido una oveja, la busca, la llama, la sigue, y no para hasta que logra encontrarla: la del caritativo samaritano que, habiendo encontrado en medio del camino á un infeliz acribillado de he-

¹ Jerem. III, 1. — ² Matth. IX, 13.

ridas, y abandonado de todo el mundo, le carga amorosamente sobre sus hombros, y no le desampara hasta haber conseguido su total curación: la del padre amoroso que recibe entre sus brazos á un hijo pródigo y disipador? Significan que no vino tanto para buscar á los justos como para buscar á los pecadores: *Non veni vocare justos, sed peccatores*. ¿A qué fin reitera tantas veces el convite á los pecadores, diciéndoles: Venid á mí todos los que gemís bajo el peso de vuestras iniquidades, y yo os aliviaré.—Lo que yo quiero es la misericordia, y no el sacrificio.—Los justos merecen toda mi ternura, pero los pecadores se me llevan todos mis cuidados?—¡Ah! estas expresiones dicen claramente á todos los que quieran entenderlas, que Jesucristo mas vino á buscar á los pecadores que á los justos: *Non veni vocare justos, sed peccatores*.

Mas ¿por qué recurro á los oráculos de la fe, cuando os habla vuestro propio corazón? Yo me remito á lo que cada uno está experimentando, para sacar de aquí una prueba práctica y personal. Tú, pecador mio, aun vives después de tantas iniquidades; y en esto se ve claro que Dios todavía te ama. Tiempo há, sí, mucho tiempo há que su justicia está gritando: ¿Qué hace en el mundo ese árbol infructuoso que, en vez de dar frutos de santidad, solo produce espinas de malas obras? Cortémoslo, y vaya á arder en los infiernos.—¡Oh! no, contesta enternecida la misericordia, no sea cortado aun, démosle mas tiempo para arrepentirse, tal vez en otra estación mejor dará los frutos que ahora niega.—Así habla la misericordia de Dios en favor tuyo, y no contenta con esperarte, ella misma te sale al encuentro tendiéndote sus brazos. Tal vez tú no lo conoces, pero yo te aseguro que esos remordimientos que padeces, esa pesadumbre que experimentas, esa tristeza continua que no puedes, por mas que hagas, sacudir de tí, son avisos, son gritos que la misericordia divina te da, para que

mires por tu alma antes no se acabe el tiempo. ¿Negarás que uno y otro día estás oyendo estos avisos amorosos y estos gritos tiernos? ¿Negarás que hasta ahora tú los has despreciado, tú les has hecho el sordo? ¿Negarás que, en pena de tanta dureza y obstinacion, merecias que Dios cortase el frágil hilo de tu vida, y te dejase hundir en el abismo? Pues si no lo hace, si te espera, si te llama, ¿cómo estás todavía vacilando? ¿cómo dudas si querrá perdonarte? Este buen Padre que tan amorosamente te llama, ¿podrá rechazarte cuando te vea humillado á sus piés? Este Pastor compasivo que tanto tiempo há te busca, ¿podrá negarte el perdón cuando compungido te presentes á él?

¡Oh no! dirá tal vez algun pecador, yo no dudo de que Dios quiere perdonarme, porque sé que su bondad no tiene límites, y que su misericordia es infinita. Cuando considero su bondad siento en mi corazón un rayo de esperanza que me alienta; pero cuando despues vuelvo la vista á mi fragilidad, desmayo, pierdo el ánimo, y tengo por cosa cási imposible el convertirme. ¡Oh cuántos obstáculos se oponen á mi conversion! ¡El mundo me tiene atado con sus cadenas!... ¿cómo lo haré para romperlas? ¡La costumbre de pecar es en mí tan antigua!... ¿qué haré para desarraigarla? ¡Las pasiones están tan vivas!... ¿qué medio tengo para enfrenarlas?—¿Lo has dicho todo? ¿Tienes algo que añadir? Dilo todo, carísimo, que yo te escucho con atencion. ¡Qué! ¿callas? ¿no tienes ya otras dificultades que oponerme? Óyeme atentamente, y verás como disipo tus temores, del mismo modo que el viento disipa el humo.

Dices que no sabes cómo deshacerte del mundo, porque te tiene atado con cadenas que no se pueden romper.—¿No se pueden romper? ¿Cómo lo hacen, pues, tantas almas generosas que lo desprecian, le escupen, y se lo ponen bajo sus piés?

¿No ves cuántas doncellitas viven apartadas de él, sin que jamás hayan honrado con su asistencia sus espectáculos, sus diversiones y sus fiestas? ¿No ves cuántos jóvenes van rompiendo los lazos con que los tenía atados, y á semejanza de la palomita escarmentada, van á buscar un asilo en la soledad? ¿No ves cuántas personas, tanto del uno como del otro sexo, van desengañándose de él cada día, comprendiendo que todos sus bienes son ilusion, humo y vanidad? Y bien, te dice el Padre san Agustin, ¿no puedes hacer tú lo que hacen estos? *Non poteris quod isti et istæ?* Ellos renuncian al mundo con todos sus placeres, ¿y tú no podrás renunciarlo? Ellos viven apartados de sus peligros y ocasiones, ¿y tú no podrás? ¿Es que te figuras que, en llegando á privarte de las satisfacciones que él te proporciona, pasarás una vida triste y apesadumbrada? Tambien les parecia á los hebreos, cuando salieron de Egipto, que privados de los ajos y cebollas de aquel país, iban á morir de hambre en el desierto; y tanto les dolia esta privacion, que pidieron á Moisés les volviese á la esclavitud de lá que con tantos prodigios les habia sacado. Pero tan pronto como entraron en la tierra de promision, y comenzaron á disfrutar de aquel nuevo paraíso, olvidaron los ajos y cebollas de Egipto, y no se acordaron mas de aquel país sino para aborrecerlo y detestarlo. Igualmente, pecador, á tí te parece que el día que llegases á renunciar las vanas satisfacciones del mundo, adios alegría, adios satisfaccion y contento; pero ¡ah! una vez hubieses gustado las dulzuras de la virtud y las satisfacciones inefables con que Dios regala á los nuevamente convertidos, pronto pondrias en olvido al mundo con sus vanidades, ni te acordarias ya de él sino para llorar los años que pasaste en su esclavitud. ¿Que no me crees? Pregúntalo á los que se han convertido, y ellos te lo dirán.

No es solo el mundo, me parece te oigo decir, quien se ope-

ne á mi conversion, sino que se atraviesan tambien mis propias pasiones, acostumbradas de mucho tiempo á campear sin sujecion y sin freno. ¿Cómo lo haré para domarlas?—¿Cómo? Del mismo modo que lo hacias en el tiempo de tu inocencia, pues bien te acuerdas de que en la historia de tu vida hay una época dichosa, en que tus pasiones estaban enteramente sujetas al dominio de tu voluntad. ¿Qué hacias entonces? Acudias á Dios, llamabas á tu auxilio á su bendita Madre, frecuentabas los Sacramentos, apartabas las ocasiones, mortificabas los sentidos, eras pronto en sujetar la concupiscencia luego que advertias sus primeros movimientos. ¿Son cosas estas que no puedas practicar ahora? No: para ponerlas en práctica no se requiere mas que una voluntad fuerte y decidida. La costumbre de pecar no es en tí ni mas imperiosa ni mas antigua de lo que era en san Agustin: él mismo confiesa que el vicio le tenia atado como con cadenas de hierro, y que despues de treinta años de desórdenes, la castidad habia llegado á parecerle una cosa imposible. Sin embargo, cuando trató de veras de convertirse á Dios, vió que la cosa no era tan difícil como se habia figurado, y conoció por experiencia propia que, cuando verdaderamente se quiere, las pasiones callan, enmudecen y están sujetas al dominio de la razon.

Disipemos ya la ilusion de muchos pecadores sobre la gran dificultad que les parece hay en practicar los medios convenientes para lograr una conversion verdadera. Cási todo el trabajo se reduce ¿á qué? á hacer una buena confesion. ¡Oh qué empresa tan ardua! me parece les oigo exclamar: ¡oh qué paso tan difícil! ¿Cómo ha de ser posible practicar todo lo que se requiere para esto? ¿Es posible recordar todos los pecados comelidos en una tan larga série de años? ¿Es posible declarar al confesor unas culpas, cuya sola memoria hace subir los colores al rostro? ¿Es posible?...—Callad, callad, que no pue-

de hablar con acierto quien, como vosotros, está todo poseido del temor.

A vosotros os da mucho cuidado el recordar todos los pecados; pero ¿por ventura Dios os obliga á ello? ¿Habeis leído en algun moralista que quien se examina para hacer una confesion de muchos años, tiene obligacion de recordarlos todos uno por uno? ¿Lo habeis oido á algun predicador? No, antes todos os dicen que los pecados que, despues de un diligente exámen, no vienen á la memoria, quedan perdonados indirectamente por la eficacia de la gracia, que es incompatible con ninguno de ellos. Por lo que hace al rubor de confesarlos, cualquiera os dirá que no es mas que una aprehension de niños. Tan léjos está de que el confesor se admire de vuestras flaquezas, y os reprenda amargamente por ellas; que al contrario, vuestra misma miseria le moverá á compasion, y hará que os trate con mas dulzura y amabilidad. Yo juzgo del corazon de los otros por el mio; y os aseguro que el dia que me viene un gran pecadorazo á los piés, siento por él una compasion y ternura, que no experimento por las mismas personas de gran virtud. Me explicaré, haciendo práctico el caso.

Asiéntome al confesonario, y al abrir la ventanilla de un lado, oigo á un hombre que llora y suspira. ¿Qué tienes, hijo mio? ¿Qué es lo que te hace suspirar?—¡Ay! padre, me dice, estoy perdido... soy un gran pecador... si V. no se compadece de mí...—Ánimo, hijo, ánimo, que yo estoy aquí para consolarte. ¿Quieres hacer una confesion?—Padre, no tengo valor para comenarla, quisiera, pero... ¡estoy perdido!—¡Qué perdido! ¿no vienes con deseos de confesarte bien? Vamos, comienza inmediatamente la confesion, que yo te ayudaré á hacerla. Animado un poco el pobrecito, comienza á desenvolver su conciencia, declarando cosas que hacen estremecer. Llega poco á poco á un cierto pecado, al pecado que le ha-

ce mas impresion, y... Padre, dice, no puedo continuar, no tengo valor para decir lo que ahora sigue. — ¿Cómo no tienes valor? Te mando que me lo digas todo inmediatamente. ¿Piensas decirme algo que no lo haya oido cien veces? Acuérdate que me has llamado padre; y yo voy á tratarte con tal amor, que te acordarás de mí todos los dias de tu vida. — Pero ¿y la penitencia?—Te la impondré tan ligera como lo sufra la justicia; y si tú no puedes cumplirla por tí solo, yo, hijo mio, yo cargaré sobre mí una parte de ella. — Así, cristianos, trato yo á los pecadores que Dios me envia, y así creo que tratan á los suyos todos los demás confesores.

No sé si me engaño; pero el corazon me dice que hoy he de conseguir la conversion de alguno de vosotros. Porque ¿qué puede ya impedir vuestra conversion? ¿La multitud y enormidad de vuestras culpas? Visto habeis que en Dios teneis un Padre que os espera, os llama, y desea vivamente perdonaros. ¿Podrá impedirla el conocimiento de vuestra flaqueza? Mostrado os he que con el auxilio de la gracia seréis mas fuertes de lo que pensais. ¿Podrá impedirla la dificultad que ofrece una confesion de muchos años? Acabo de haceros ver que esa dificultad no es tan grande como os la pinta la imaginacion. Haced la prueba, y despues me lo sabréis decir. Amen.

TERCER DOMINGO DE CUARESMA.

Quien lea con un poco de atencion el evangelio de este domingo encontrará en él tres ó cuatro cosas muy notables: la curacion milagrosa de un hombre poseido de un demonio que le impedia hablar; la calumnia que los fariseos levantaron á Jesucristo, atribuyendo aquella curacion al poder de Belcebú, príncipe de los demonios; la descripcion que el mismo Salvador hizo del demonio impuro, y finalmente el estado infelicitísimo á que, segun el mismo, queda reducida una alma que, despues de haber recobrado la gracia, vuelve á caer en nuevas culpas. Aunque, como desde luego se ve, de aquí se pueden sacar varios asuntos, como son el callar los pecados en la confesion, la malicia de la murmuracion, los daños de la impureza, y los peligros de la reincidencia en el pecado; sin embargo, parécenos que lo mas natural, y al mismo tiempo lo mas conforme al espíritu de la Iglesia es, atenersé al primer asunto, es decir, al que trata de los que por vergüenza callan sus pecados en el tribunal de la Penitencia.

Este es el grande asunto que los curas deben tratar, particularmente en la Cuaresma, empleando cuantos argumentos les sugiera su celo é ilustracion para desvanecer la aprehension y temor que muchos tienen en declarar sus culpas, y que son causa de un sinnúmero de atentados y sacrilegios. No teman, no, los curas insistir demasiado sobre este punto: cuando les parecerá haber dicho sobre él cuanto hay que decir, tengan por cierto que aun no habrán dicho lo bastante: cuando se figurarán que, á